

# EL TIEMPO VENCIDO

**Leopoldo Salinas**



  
ESPASA

LEOPOLDO SALINAS

EL TIEMPO VENCIDO



© Leopoldo Salinas, 2024  
© De esta edición, Editorial Planeta, S.A., 2024  
Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S.A.  
Avda. Diagonal, 662-664  
08034 Barcelona

Primera edición: mayo de 2024

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 7.180-2024  
ISBN: 978-84-670-7170-2

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: [sugerencias@espasa.es](mailto:sugerencias@espasa.es)

[www.espasa.com](http://www.espasa.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Impresión: Unigraf, S. L.  
Impreso en España - *Printed in Spain*



## CAPÍTULO 1

*Trento, frontera Imperio austrohúngaro - Reino de Italia, 1914*

El eco de la retirada de la caballería enemiga aún resonaba en las montañas.

—Cuando acabe todo esto, ¿volverás a Mallorca? —preguntó Babenburg.

—Espero que sí —respondió Neudorf, mientras aspiraba lentamente el humo de un Moeris—. ¿Y usted?

—No creo que pueda volver —dijo encogiéndose de hombros.

—¿Por qué?

Babenburg hizo girar a su caballo para darle la espalda al campo de batalla y lo dirigió hacia el campamento austrohúngaro.

—Lo entenderás cuando regreses.

*Mar Mediterráneo, 1919*

Aún era de noche cuando Neudorf subió a cubierta. El mar estaba en calma y el velero cortaba las olas sin prisa, como un artesano paciente, meciéndose sin miedo en la oscuridad. Localizó a Cosimo apoyado en la regala y se aproximó a él.

—Es imposible dormir en este barco —dijo el italiano a modo de bienvenida.

Hablaba un español retorcido, aprendido en tres meses de conversaciones con Neudorf; pero conjugaba bien los verbos y había asumido sin esfuerzo, con la naturalidad de un académico, las particularidades del idioma.

—Mañana llegaremos a Mallorca.

—*Non vedo l'ora*. ¿Cuánto llevamos embarcados?

—Casi dos semanas.

Cosimo soltó un bufido tranquilo.

—No entiendo cómo aún sigo vivo.

Cosimo tenía treinta y dos años, cuatro más que Neudorf. Su pelo era rubio oscuro, como cuando los rayos del sol atraviesan las nubes grises. Tenía una nariz rota y torcida de boxeador, la mandíbula cuadrada y los labios carnosos. Dos finas cicatrices —líneas casi rectas— le surcaban la mejilla izquierda, desde la sien hasta la mandíbula, como la estela de un barco. Hablaba despacio y gesticulaba con languidez. Sus ojos azules eran claros y despejados. Medía un metro ochenta y cinco, y tenía las manos grandes y fuertes, sin apenas espacio entre los dedos.

Neudorf le dedicó una mirada rápida y sonrió.

Era un hombre que obligaba a levantar la vista.

Habían zarpado dos semanas antes desde Nápoles. En noviembre de 1918, el frente italiano del Imperio austrohúngaro había colapsado tras la derrota sufrida en la batalla de Vittorio Veneto. Como oficial del ejército vencido, a estas alturas, Neudorf estaría muerto o, en el mejor de los casos, apresado, si no hubiese sido por Cosimo.

Habían pasado todo el mes de diciembre ocultos en Trieste. Un barco los había llevado por el Adriático hasta Bari, donde habían cruzado la península para llegar a Nápoles y contemplar, por fin, el Mediterráneo. Tras cuatro días de negociaciones, Cosimo había conseguido que un vapor mercante de cerámica llevase a Neudorf hasta Mallorca.

En principio, sus caminos se separaban allí. Pero algo en las miradas afiladas que dirigían los marineros italianos a Neudorf hizo que Cosimo decidiera acompañarlo hasta la isla. Llovía el día que zarparon, y llovía cuando atisbaron el puerto de Palma.

No entiendo cómo aún sigo yo vivo, pensó Neudorf.

Tampoco lograba explicarse por qué, el que hasta hace unos meses había sido su enemigo, había tomado la decisión de ponerle a salvo.

Cosimo era, o había sido, *maggiore* de un escuadrón de *arditi* del Regio Esercito italiano. Una unidad tan valerosa como letal.

No entendía aquella decisión, pensó, observando su rostro anguloso.

Aquella determinación.

—No insistas —cortó el italiano, como si le hubiese leído el pensamiento. Neudorf parpadeó sin decir nada. Cosimo chasqueó la lengua y sonrió—. Conozco esa mirada y sé lo que viene a continuación. *Sono ancora indebitato*. Aún sigo en deuda contigo.

—Sigo vivo gracias a ti.

El otro negó con la cabeza y amplió su sonrisa.

—Evité que te mataran —dijo con calma—. Vosotros me salvasteis la vida.

Neudorf asintió despacio, levantó la cabeza y contempló el mar. Las nubes ocultaban la luna y apenas había luz. Solo el rumor de las olas rompía el silencio.

La idea era que el *maggiore* regresase a Italia en el primer barco que encontraran. Así quedaría saldada su deuda.

—Trata de descansar —dijo el italiano, incorporándose—. Mañana será un día intenso.

Aún no había amanecido cuando atracaron. A pesar del frío húmedo de enero, el puerto de Palma era ya un hervidero. Tras el armisticio entre las potencias europeas, la actividad en el Mediterráneo había decaído, pero el continente estaba arrasado y la necesidad de manufacturas y productos frescos, así como el contrabando con África, mantenían ocupados a los comerciantes mallorquines.

El barco accedió lentamente al puerto, esquivando los pequeños *llauts* que transportaban mercancías a tierra por varias pesetas. Bajo el olor predominante de la brea y el sudor, se percibían aromas más sutiles como aguardiente, canela, café y tabaco.

Cosimo y Neudorf descendieron por la pasarela con calma, embozados en capas de lana, maldiciendo el frío. Gracias a los contactos del primero en Nápoles, ambos vestían como los campesinos de la zona: camisa blanca de un lino agujereado, amplios pantalones de algodón marrón y maltratados za-

patos de cuero. Del hombro de Cosimo colgaba un petate de campaña de lona verde, donde guardaban una manta raída, los uniformes de ambos y sus escasas pertenencias.

—*Mal di terra* —masculló molesto el italiano tambaleándose.

Neudorf contempló el puerto en silencio. Todo seguía igual. Pero todo era distinto.

Había abandonado Mallorca en abril de 1914 y tres meses después, tras el asesinato del archiduque Francisco Fernando en Sarajevo, las declaraciones de guerra se habían sucedido hasta involucrar a todas las potencias europeas. Tras cuatro años de trincheras, muerte absurda y violencia descarnada, el optimismo era como las viejas postales que se guardan en el fondo de un baúl para evitar pensar en tiempos mejores.

Rodeada de un pinar interminable que se perdía tierra adentro, Palma —a diferencia de otras ciudades— seguía en pie. La catedral y el palacio de la Almudaina coronaban la bahía como un matrimonio cansado pero orgulloso. A ojos de Neudorf, el blanco de las casas había perdido su rabiosa intensidad, como si a los edificios también les costase levantarse cada mañana. Pero aquella sutil decadencia contrastaba con el bullicio del puerto. Los barcos se hacinaban en los muelles, donde el desánimo se combatía día a día.

La gente trabaja, pensó Neudorf, para no perder la esperanza.

Cerró los ojos y aspiró lentamente por la nariz, como recuperando un aroma que había perdido, un olor que había olvidado. Cosimo le observó envuelto en un respetuoso silencio.

—Hubo días en los que pensé que jamás regresaría —dijo Neudorf, abriendo los ojos, sin poder ocultar una sonrisa.

—No todos pueden decir lo mismo —respondió el *maggiore* acompañándole en aquella alegría incierta.

El aludido asintió, reflexivo.

—Imagina volver a casa y que todo esté bombardeado.

—La guerra —murmuró el italiano con aquella sonrisa sombría despuntando en sus labios— se abrazó con entusiasmo al principio, pero ahora, una vez acabada, uno se da cuenta de que nadie ha ganado.

—Habrás más —concluyó Neudorf, mientras comenzaba a andar—. Igual de despiadadas. Y te equivocas —añadió—, siempre ganarán los mismos.

A pesar de la alegría del regreso, Neudorf percibió hostilidad en el ambiente.

Vio a un conocido, pero este desvió la mirada. La basura se amontonaba en el muelle de la Riba y guardias privados, pagados por los propios empresarios, vigilaban los almacenes de harina y carbón. Había tensión y desconfianza.

—Antes no era así —explicó Neudorf, señalando con la cabeza a los guardias—. Se limpiaban las calles todas las mañanas y el puerto era la parte más segura de la ciudad.

Pasaron por delante de la Comandancia de Carabineros, un edificio que custodiaba la entrada del puerto cimentado en piedras grises de sillería, con un estilo indefinido entre lo medieval y el barroco. Neudorf le explicó a Cosimo que era el cuerpo encargado de la vigilancia de las aduanas y las fronteras. Dos carabineros hacían guardia en la puerta. Lucían un uniforme azul oscuro, botas altas y una gorra cilíndrica.

Neudorf frunció el ceño, sin dejar de andar, mientras contemplaba la dinámica del puerto. Había algo diferente. Como si todo aquel ajetreo —los estibadores que descargaban los barcos, los vendedores de pescado, los marineros borrachos y los carpinteros esforzados— encerrase una clave que no llegaba a entender.

—¿Quién lo controla ahora? —preguntó a bocajarro a un estibador ya entrado en años, que supervisaba a los más jóvenes.

A pesar de los esfuerzos de los carabineros, el Mediterráneo siempre había sido de los contrabandistas. Y como no podía ser de otra manera, Palma era su entrada principal. La última vez que había estado allí, Babenburg le explicó el frágil equilibrio que existía entre lo ilegal y la justicia. Por lo general, siempre había habido diferentes zonas de influencia con sus correspondientes rencillas y traiciones.

Pero esta vez había cierta organización, observó Neudorf.

Como si un dios astuto hubiese dispuesto que, en aquel momento, una pareja de carabineros que hacía su ronda igno-



rasede la última dársena del puerto, donde un nervioso capitán intercambiaba aparatosamente alcohol por un cajón de armas.

El viejo observó la escena con la apatía cansada de un verdugo que contempla la enésima ejecución del día y, al girarse, exhibió una sonrisa desprovista de dientes.

—¿El puerto? —exclamó con sorpresa fingida—. Aquí es imposible controlar nada.

Neudorf le deslizó dos pesetas entre sus dedos callosos y el antiguo estibador se rascó la cabeza, mirando con disimulo a ambos lados.

—Ausias May —murmuró—. La Gran Guerra trajo prosperidad durante un tiempo, pero subieron los precios y, con ellos, la codicia... Fue el único que se supo aprovechar de la situación.

Neudorf no reconoció el nombre. Agradeció la información con una inclinación de cabeza y atravesó la lonja seguido por Cosimo, alejándose del puerto.

—¿A dónde vamos? —preguntó el italiano mientras contemplaba admirado los palacetes de la ciudad vieja.

—Al notario.

—¿Eres un hombre importante, Felipe?

El aludido sonrió al escuchar su nombre. Cosimo había decidido, desde el principio, llamarle así. En Mallorca, todo el mundo le conocía por aquel extraño apellido alemán que el archiduque había decidido para él: Neudorf.

Tenía veintiocho años. Era de estatura media, y los años de combates y privaciones se adivinaban en su físico bien definido y en la firmeza de sus pasos. En su rostro brillaban unos oscuros ojos verdes, en los que se adivinaban algo de tristeza y, también, algo de audacia. El pelo moreno y rizado le caía por la frente con la despreocupación de quien se había enfrentado a la muerte y la había esquivado.

En él se resumía la violencia de la guerra y la serenidad de quien no ha perdido la esperanza.

—Mi padre lo fue —reconoció encogiéndose de hombros—, pero yo no soy nada más que un bastardo.

—¿Cuándo me contarás tu historia? —le preguntó fingiendo exasperación.

—Después. Delante de un buen vaso de vino.

—Uno, dice... Pienso beberme la taberna entera.

Neudorf sonrió a medias y se paró delante de un portón de madera noble, de casi dos metros de altura.

—Aquí es —dijo, invitándole a entrar.

El interior del palacete era húmedo y sombrío, pero estaba lujosamente decorado. Un tímido fuego trataba de calentar el recibidor. En una esquina de la estancia, tras una pequeña mesa de madera, un joven pasante levantó la mirada de lo que parecía un libro de derecho romano.

—Soy Felipe Neudorf —saludó—. Estoy aquí para solicitar una copia del testamento del archiduque Luis Salvador de Austria; y del de Mateo de Babenburg, duque de Hallstatt.

El pasante se levantó, musitó un breve saludo y los acompañó hasta el despacho del notario. Los dos soldados accedieron a la estancia en silencio. Neudorf expectante y el *maggiore* tratando de disimular su sorpresa.

—Buenos días —saludó el funcionario, poniéndose en pie y estrechándoles las manos.

La estancia era elegante y un generoso fuego, mejor alimentado que el anterior, templaba con éxito el frío invernal. El pasante murmuró una despedida y cerró las puertas, dejándolos solos.

—Celebro volver a verle, señor Neudorf —continuó el notario—. El duque de Hallstatt hablaba maravillas de usted. Lamento su pérdida. Por favor, siéntense.

Los aludidos dejaron los petates en el suelo y tomaron asiento. Cosimo no pudo evitar un sonoro suspiro. Neudorf apreció cómo un pequeño temblor aparecía en las manos del notario mientras expandía varios documentos sobre la mesa de caoba.

—Respecto a su alteza imperial... siento informarle de que no le mencionó en su testamento.

Neudorf asintió con calma, ignorando las gotas de sudor que corrían por la frente de su interlocutor.

—¿Y Babenburg? —dijo al fin, tras un largo silencio.

El notario recuperó el aliento y se permitió una sonrisa complaciente.

—El duque de Hallstatt le lega su finca de Son Galcerán, con todo lo que hay en ella. Así como la titularidad de las cuentas a su nombre en el Banco de Crédito Balear, en el Monte de Piedad de Palma y la Caja de Ahorros de Inca.

Neudorf asumió la noticia sin demostrar ninguna alegría. Sin exteriorizar ningún pesar. Cosimo, a su derecha, le observaba con una preocupada intensidad, tratando de descifrar sus sentimientos.

—¿Lo dejó por escrito? —preguntó, tranquilo, exhalando un suspiro que parecía que llevaba años atrapado en sus pulmones.

—Por supuesto —carraspeó el notario mientras rebuscaba en un cajón.

Extrajo un portafolios de cuero oscuro. Se notaba que era de buena calidad. Las costuras eran resistentes y las hebillas, de plata. El interior estaba forrado con un satén liso y brillante.

—Aquí podrá encontrar toda la documentación: el testamento firmado, el inventario de bienes, el registro de la propiedad, los sellos y timbres fiscales... Y, además, hay dos cartas —murmuró, atento a su reacción—. Se depositaron en fechas diferentes: noviembre de 1913 y enero de 1914. Como puede comprobar usted mismo, ambas están selladas.

Todo el aplomo que Neudorf había conseguido transmitir, por un segundo, pareció desmoronarse. Recogió las cartas con cuidado y apreció el lacre con el escudo de su padrino. Su nombre estaba escrito en tinta verde con la elegante caligrafía de Babenburg.

Cerró los ojos, inspiró profundamente y devolvió el portafolios.

—Le agradecería que lo custodiase hasta mañana —murmuró, rehaciéndose—. Pasaré a recogerlo antes de partir a Valldemossa.

—No tiene por qué preocuparse —se apresuró a decir, algo confundido, el funcionario—. Hay... —añadió— una cosa más. Algo que debía transmitirle verbalmente.

Neudorf lo conminó a continuar y el notario carraspeó.

—La frase es: «Todo está en la caja fuerte».

Los dos hombres esperaron, pacientes, su reacción. Neudorf se encogió de hombros y le quitó importancia con un gesto.

—Supongo que se refiere a su despacho de Son Galcerán.

Se levantó y los otros le imitaron. Tenía ganas de abandonar aquel lugar. Se disponía a irse cuando pareció, de pronto, recordar algo.

—¿Usted sabe por qué Mateo de Babenburg abandonó Mallorca? —preguntó.

El notario no pudo evitar que una oleada de calor le atravesara el rostro, enrojando sus mejillas.

—¿Para luchar por el Imperio austrohúngaro? —consiguió balbucear.

Neudorf le sostuvo la mirada y el notario les invitó, educadamente, a marcharse. Tenía asuntos urgentes que tratar, dijo.

Alcanzaron el exterior con alivio, agradeciendo el aire gélido y el cielo despejado.

—¿Qué acaba de ocurrir ahí dentro? —preguntó Cosimo con una sonrisa extrañada.

El aludido comenzó a andar mientras trataba de recuperar la serenidad.

—Me ha podido el desánimo —dijo tras cruzar varias calles.

—¿Por la herencia? —preguntó el italiano.

Neudorf negó con la cabeza.

—Las cartas —explicó— representan la certeza de que Babenburg está muerto.

—¿Y lo de abandonar la isla?

La pregunta se quedó flotando en el aire mientras ambos caminaban en silencio. Sus pasos resonaban en las estrechas paredes de las calles. Al cabo de unos minutos, Neudorf pareció reponerse.

—Vamos a la Rambla. Me gustaría comprar algo.

Giraron a la derecha y accedieron a un amplio paseo, custodiado por altos plátanos de sombra. Las ramas dejaban entrever los balcones de las lujosas casas modernistas. Había gente, aunque no tanta como en el puerto.

—Es pequeña —sentenció Cosimo, admirando los edificios—, pero es una ciudad bellísima.

El comentario arrancó una triste sonrisa a Neudorf.

—Allí —dijo, señalando un pequeño puesto de flores.

Encargó un ramo de violetas de montaña y hierbas de Santa Margalida para el día siguiente y Cosimo no pudo reprimir una carcajada jovial.

—Vaya, vaya —murmuró socarrón—. ¿Hay que pedirle perdón a alguien por tantos años de ausencia?

Felipe sintió un pinchazo en el estómago al recordar sus ojos rasgados, aquel amor inexperto y desesperado que no había conseguido olvidar, pero trató de deshacerse de la melancolía.

—Ojalá —respondió más animado—. No hay nadie preparado para aguantar tantos años de cartas e incertidumbre. Son para mi abuela.

—¿Vivías con ella?

—Prácticamente me criaron entre ella y Babenburg.

El italiano asintió, reflexivo, como tratando de imaginar la situación.

—¿Un duque y una abuela educando a un *ragazzo*?

Era ya casi mediodía y el sol reinaba en lo alto del cielo. Avanzaron hasta el final de la Rambla, cruzaron la plaza Mayor y giraron hacia Santa Eulalia.

Neudorf asintió con media sonrisa en los labios. Aquello, desde luego, era de lo más peculiar. Pero, a pesar de todo, aunque solitaria, había tenido una infancia feliz.

Observó de soslayo al italiano y abrió la boca, buscando las palabras adecuadas.

—Es... Es complicado. O por lo menos lo fue.

Cosimo le dedicó una mirada incierta.

—No tienes por qué contármelo —dijo, conciliador—. Todos tenemos nuestros fantasmas.

Felipe buscó las cerillas en su bolsillo, sacó una caja negra de cigarros y se encendió uno. Cosimo le observó sin decir nada y él aprovechó el breve lapso de la primera calada para ordenar sus pensamientos.

—Soy el hijo bastardo del archiduque Luis Salvador de Austria —comenzó—. Un noble austriaco, decimonoveno en

la línea de sucesión al trono imperial, que se instaló en Mallorca en 1872.

—Sé quién es —reconoció el italiano, tratando de disimular su asombro—. O quién fue. Nació en Florencia; y era una leyenda en todo el Mediterráneo. Siento su muerte.

Le agradeció sus palabras con un gesto de cabeza y se permitió unos segundos antes de continuar.

—Mi madre enloqueció al darme a luz y la internaron en el hospicio de la Santísima Trinidad, cerca de Valldemossa. Al ser un bastardo, mi padre no podía permitir que viviera con él, por lo que le encomendó mi educación a Mateo de Babenburg, un noble que solía acompañarlo en sus viajes. El archiduque construyó Son Galcerán y se la regaló. Ahí viví toda mi infancia, junto con Babenburg y la familia de mi madre: mi abuela Luisa y mi tío Luis.

Llegaron a la plaza de Santa Eulalia y rodearon en silencio la iglesia gótica que le daba nombre.

—Siento lo de antes —susurró Cosimo, algo compungido.

—¿A qué te refieres? —preguntó, extrañado.

—Lo de las flores. Reírme de ellas.

Neudorf le quitó importancia con la mano.

—Supongo que ella también se reirá —reconoció—. Babenburg le traía un ramo cada semana... Creo que es la primera vez que yo le compro flores.

Le dio una última calada al cigarro y alzó la vista para contemplar el campanario de la iglesia. El italiano prefirió observar las figuras de dos jovencitas que iban cogidas del brazo y sostenían cestas cargadas de frutas y hortalizas.

—Demasiado tiempo en el mar —murmuró para sí mismo, siguiéndolas con la mirada—. ¿Y por qué Neudorf? —preguntó de repente.

El otro pestañeó, sorprendido.

—No lo sé —admitió—. A los bastardos siempre se les pone el apellido de su madre. En este caso no fue así.

El *maggiore* frunció los labios y soltó un largo suspiro mientras observaba a otro grupo de mujeres que conversaban en la entrada de la iglesia. Neudorf entendió, por fin, los deseos que recorrían la sangre caliente del italiano.

—Vamos —dijo mientras se encendía otro cigarro—. Conozco un sitio cerca de aquí. Bebamos todo ese vino que has propuesto antes.

La taberna no estaba ni muy llena ni muy vacía. Era casi mediodía y los payeses acudían a la fonda a comer y a hacer negocios. El suelo estaba cubierto de tierra y olía vagamente a sudor. En una de las mesas, un francés y un mallorquín discutían a gritos por una carga de fruta que había llegado en mal estado. Había tres marineros alemanes desmayados en el suelo, apoyados contra la pared. Prostitutas de todas las edades se paseaban entre las mesas, apoyándose en el hombro de los clientes con los ojos tristes y la boca entreabierta.

En una de las esquinas, lejos del francés, que cada vez se estaba poniendo más rojo, Neudorf y Cosimo terminaban su tercera botella de vino.

—Jamás pensé que afirmarí­a esto —dijo el italiano con los ojos entrecerrados y una sonrisa cansada— *ma non posso piú*. Estoy, definitivamente, borracho.

Se giró hacia la mesonera y le agarró por la cintura con delicadeza.

—Este vino es excelente —susurró con soltura, sin un rastro de alcohol en su pronunciación.

La otra se dejó hacer.

—La gente de por aquí no sabe apreciarlo —murmuró, sonriente, inclinándose hacia el italiano.

—Yo no soy como la gente de por aquí.

—No sé si debería de creerte.

Cosimo observó con ojo experto la apatía de su compañero y se deshizo del abrazo con elegancia.

—Podremos comprobarlo más tarde —concluyó sin dejar de sonreír.

La mesonera se alejó mordiéndose los labios y el italiano recuperó la seriedad.

—*Alta voce*.

Neudorf parpadeó varias veces, como volviendo de un lugar que solo él podía ver.

—¿Cómo?

—En Sicilia, cuando tenemos alguna preocupación, la expresamos en voz alta. Los problemas son menos graves explicados con palabras; y se les puede atacar mejor. Hay algo que te preocupa... Cuéntamelo.

El otro frunció los labios y asintió.

—Está bien. Antes te he contado el principio, pero no el final.

Felipe suspiró, apoyo los codos en la mesa, bajó el tono de voz y continuó.

—Sospecho que, tanto mi padre como Babenburg, eran agentes del imperio. Babenburg conocía de antemano todos los detalles de la guerra que se habría de librar en Europa; y estaba preparado.

—¿En qué sentido? —se atrevió a interrumpir Cosimo.

—Austria-Hungría se había anexionado Bosnia y Herzegovina; el Imperio alemán construía una armada capaz de rivalizar con la Royal Navy y Francia anhelaba sus territorios de Alsacia y Lorena perdidos en 1871 a manos germanas. Europa era un polvorín y Babenburg estaba siempre al tanto de las últimas noticias.

Se interrumpió para imaginar la situación, el caos diplomático que tuvo que ser aquel periodo. Bebió de su copa y dejó que su mirada vagase por el local con una melancolía renovada.

—A principios de 1914 me informó de que en mayo tendría que volver a Austria. Ostentaba el rango de general en el Ejército austrohúngaro, y tenía hombres que dirigir en caso de conflicto.

Neudorf se giró para pedir otra botella de vino, encendió el enésimo cigarro del día y dejó caer los hombros, permitiendo que todo el miedo, que toda la incertidumbre que había arrastrado desde entonces, le empantanaran el pecho.

—Todo estaba organizado y yo tendría que acudir a su llamada si el imperio entraba en guerra. Pero una madrugada, a finales de abril, entró en casa como una exhalación y me dijo: «Nos vamos».

Levantó la vista y clavó sus ojos verdes en los de Cosimo.

—Estaba nervioso, desencajado. Cargamos con lo esencial y descendimos a pie a la Foradada, un puerto natural donde nos esperaba un pequeño vapor.



Exhaló el humo del tabaco y se recostó en la silla, como agotado por el esfuerzo de recordar.

—Abandonamos Mallorca con una discreción que rozaba lo criminal. No tuve tiempo de despedirme de nadie... Y nunca supe por qué. Cuando le preguntaba, siempre me respondía: «Lo sabrás cuando regreses».

El italiano se inclinó hacia delante. Archiduques, nobles y secretos entre pinares imposibles y edificios modernistas. Tanto Mallorca como aquella historia lo tenían fascinado.

—Y, de momento, ¿alguna conclusión?

El aludido se dejó caer en la silla tras un suspiro.

—La gente me reconoce, pero me evita. —Suspiró—. El notario estaba tenso... Hay algo que no encaja.

—¿Escribiste a tu abuela durante la guerra? ¿A tu tío?

Neudorf ladeó la cabeza con desgana. Los ojos rasgados que lo perseguían aparecieron, otra vez, en su mente. Había escrito a su familia, sin embargo, nunca a ella. Estaba borracho y sintió cómo la melancolía que habitaba en su pecho se iba deshaciendo como el azúcar en el agua.

—Me respondían a las cartas —reconoció—, pero nunca contestaron a mis preguntas.

Cosimo sonrió con tristeza. Habían encontrado un barco que partía al día siguiente, por la tarde, a Sicilia. Aquellas eran sus últimas horas juntos.

—Supongo que tienes una conversación pendiente con ellos —aventuró el italiano.

Felipe asintió con desgana.

—Pero no hoy —afirmó con vehemencia—. Hoy tenemos que celebrar que estamos vivos.

El italiano alzó con entusiasmo el vaso lleno de vino.

—Y que aún podemos luchar.

Unos golpes insistentes resonaron en la habitación. Neudorf entreabrió los ojos con cuidado. Un ventanuco dejaba pasar la luz de un amanecer invernal y pudo contemplar, casi en penumbra, la humilde estancia en la que se encontraba prostrado.

Una pensión, pensó mientras se incorporaba con dificultad.

La resaca le alcanzó como un ariete y se tambaleó. No estaba acostumbrado a beber así. Los golpes volvieron a llenar el cuarto de urgencia.

—Maldito vino —masculló mientras se llevaba la mano a la frente—. ¡Voy!

Comprobó que el petate verde se encontraba con él y antes de abrir la puerta se preguntó cómo habría acabado Cosimo. Recordó, de pronto, ráfagas de la noche anterior y se sonrió. Estaba seguro de que bien acompañado.

Un hombre algo mayor que él, de unos treinta y cinco años, le esperaba en el pasillo. Era delgado y un poco más alto que él. Su rostro era huesudo y alargado; y llevaba un parche de seda en el ojo izquierdo, lo que le daba un aura de violencia incierta, como de pirata resuelto pero delicado.

—¿Felipe Neudorf? —preguntó.

Había zozobra en su mirada; y también algo familiar. Vestía con pulcritud y cierta elegancia. Neudorf evaluó sus respuestas.

—Soy yo —contestó al fin—. ¿Qué ocurre?

El otro pareció esperar algo que no llegaba y al final se decidió.

—Mi nombre es Donato Levi —dijo con calma—. Soy el *batle*, el alcalde, de Valldemossa. Le llevo buscando toda la noche.

Una de las puertas contiguas se abrió y salió la mesonera que les había atendido el día anterior, seguida de Cosimo, que se tuvo que inclinar para pasar por el umbral. Ambos reían mientras el italiano le manoseaba los pechos.

—Buenos días, encanto —saludó Levi, sin inmutarse.

La aludida enmudeció, balbuceó una excusa y desapareció escaleras abajo.

—No se preocupe —continuó el *batle* dirigiéndose al italiano, ignorando la daga que había aparecido en su mano—. Podrá explayarse en sus artes amatorias otro día. Hoy nos conciernen temas más urgentes.

Se volvió hacia Neudorf borrando la diversión de su rostro.

—Siento que nos reencontremos en estas circunstancias. Me temo que no traigo buenas noticias.

Lo dijo con calma, aunque apretando ligeramente los dientes. Los tres guardaron silencio hasta que se decidió a continuar.

—Ha habido un incendio en Son Galcerán.

Neudorf sintió cómo las piernas le fallaban.

—¿Qué ha pasado? —logró preguntar.

—Aún no sabemos cómo ha podido ocurrir —respondió—, pero parece que ha sido provocado.

Cosimo se situó junto a su compañero.

—Tengo un carruaje en la puerta —añadió, solícito, Levi—. Puedo llevarlos.

Neudorf pareció volver en sí.

—¿Cómo está mi abuela?

El *batle* necesitó respirar profundamente antes de responder.

—La abuela Luisa está en el Trinidad, inconsciente —dijo al fin—. No sabemos si se recuperará.